

LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA EN MÉXICO: RESEÑA HISTÓRICA*

María Antonieta Díaz Gutiérrez
Salvador Saulés Estrada

La lectura en nuestros días es el resultado de diversas iniciativas, reformas y programas orientados a la promoción de su enseñanza y aprendizaje dentro y fuera de la escuela. Con estas consideraciones, en este artículo se hace un breve recorrido a través de los siglos XIX y XX con el fin de identificar algunas características y elementos recurrentes de la enseñanza de la lectura en nuestro país. Reconocer los distintos métodos para la enseñanza de la lectura a lo largo de la historia puede contribuir a la elección de estrategias que permitan optimizar las competencias lectoras de los estudiantes en el presente.

Desde los albores de la Independencia la lectura fue vista como “la llave de acceso al conocimiento”. Se afirma que su dominio ofrece “grandes ventajas a los seres humanos en su vida cotidiana”;¹ por lo que en 1822 se establece el método de enseñanza mutua cuya novedad radica en la enseñanza de la lectura y la escritura de forma simultánea.² Más adelante, durante el periodo juarista, se utiliza con frecuencia un método individual de enseñanza que consiste en que el maestro se dedique, “por espacio de tres minutos”, a que un niño lea un texto elegido con antelación.³

En 1895,⁴ con sólo 18% de la población mayor de 10 años alfabetizada, Porfirio Díaz declara que los métodos pedagógicos utilizados “son anticuados e ineficaces” (Baez Pinal, 2009: 74). En consecuencia se recomiendan estrategias para evitar el aprendizaje memorístico de los textos y se opta por clases orales en las que se use preferentemente el método socrático.⁵

¹ Afirmaciones realizadas por Melchor Gaspar de Jovellanos, ilustrado español cuyas ideas se recuperaron en los primeros proyectos educativos del México Independiente (Baez Pinal, 2009: 49).

² En Estados Unidos y Europa la enseñanza de la lectura precedía a la de la escritura (vid. Baez Pinal, 2009).

³ Este sistema era ineficiente porque los grupos en promedio contaban con 40 alumnos (Bermúdez, 1997: 127, *apud* Baez Pinal, 2009: 68).

⁴ Los datos sobre alfabetización fueron tomados de INEGI (2010), *Estadísticas históricas de México 2009*.

* El contenido de este artículo se presentó originalmente en el Anexo 5 del reporte de resultados *México en PISA 2009*, publicado en el 2010.



Fotografía: Martín Aguilar Gallegos



Fotografía: Archivo iconográfico DGMIE / Raúl Barajas

Sin embargo la situación no mejora; al comienzo de la Revolución Mexicana cerca de 73% de la población de más de 10 años es analfabeta.

Al término del movimiento armado, con José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública (SEP), se inicia una campaña alfabetizadora y de promoción de la lectura, actividad considerada como un puntal de la enseñanza y “elemento insustituible para la formación de la identidad nacional”. Vasconcelos considera que traducir al castellano las obras cumbre de la humanidad es “un deber patriótico” (Loyo, 2005: 262).



A finales de los años veinte las políticas educativas se encaminan a la atención de las necesidades inmediatas de la población campesina, por lo que se imparten enseñanzas que buscan elevar su nivel de vida y su productividad. Asimismo se organiza la educación a partir de los principios de la escuela activa.⁶ El impulso que se dio a la escuela rural contribuye a que la enseñanza de la lectura y la escritura se perciba como algo esencial. Por ello, en 1926 se decreta que todas las escuelas primarias incluyan una sección anexa para enfrentar el analfabetismo. Con ese objetivo se publica el folleto titulado *Método natural para enseñar a los adultos a leer y escribir*, que se opone a su predecesor, el método silábico. El objetivo fue enseñar al estudiante mediante “la repetición de palabras y frases que tenían un significado” (Loyo, 2005: 267).



⁵ En la transformación de los métodos de enseñanza el papel del pedagogo suizo Johann Pestalozzi fue esencial. Para él, la educación tendría que darse por medio de la observación de los objetos materiales (método objetivo o intuitivo) en lugar de basarse en el aprendizaje memorístico. La instrucción, “es decir, la adquisición de conocimientos sin tomar en cuenta el desarrollo moral e intelectual”, está subordinada a la educación por lo que resulta importante “inspirar en el niño el amor al saber [y] no sólo la adquisición de conocimientos” (Bazant, 2005: 209).

⁶ Esta escuela activa fue inspirada en la llamada *escuela nueva*, cuyos exponentes fueron John Dewey, Decroly y María Montessori, entre otros.

Posteriormente, de 1934 a 1942, se impulsa una reforma basada en el proyecto de Educación Socialista en el que se subraya el carácter activo y funcional de la educación escolar.⁷ Las principales acciones durante este periodo fueron: retomar la política a favor de la lectura popular, combatir el analfabetismo y alfabetizar a los indígenas en sus lenguas maternas. El primer paso fue disminuir la cantidad de población que no podía leer ni escribir: prácticamente 60% de la población mayor de 10 años.

Casi dos décadas después, en 1959, comienza el Plan de Once Años que busca el mejoramiento de la educación primaria y su expansión.⁸ La enseñanza de la lectura y la escritura se realiza a través del método ecléctico, es decir, de la combinación de una estrategia sintética y una analítica, según la cual hay que abordar los contenidos partiendo de su generalidad hasta llegar a sus particularidades y viceversa. Dentro del salón de clases se practica la lectura silenciosa que era la única modalidad de lectura que solía emplearse cuando el objetivo consistía en valorar la comprensión. Para la modalidad en voz alta se evalúa entonación, modulación, no silabear, o se concentra en los minutos que el alumno toma para la lectura de un texto; “había concursos de lectura rápida en los que con reloj en mano el profesor mide el tiempo y la claridad con que leen sus estudiantes”. Además, se busca que la lectura en voz alta tenga la finalidad de “aprender a leer para otros, a leer para ser escuchados” (Baez Pinal, 2009: 131-133).

Al finalizar la década de los años sesenta, un número considerable de niños no cuenta con escuela y 24% de los habitantes mayores de 10 años no saben leer ni escribir, además de que hay un elevado número de “analfabetos reales y funcionales” (Greaves, 2005: 339). Se propuso entonces una reforma del sistema educativo que no sólo contemplara los cambios de planes, programas, libros de texto y métodos de enseñanza,

sino que también tuviera una visión distinta, a saber: “el aprendizaje como proceso, la actitud crítica y la educación para el cambio (el *aprender a aprender*), el método científico y la conciencia histórica” (Espinosa, 2002, *apud* Baez Pinal, 2009: 136). Este cambio afectó la enseñanza de la lengua y de la lectura. Se deja atrás el método ecléctico y se utiliza el denominado *Método global de análisis estructural* que se basa en la premisa de que la lectura implica necesariamente la comprensión y no sólo la simple decodificación de signos.



En 1976 el Plan Nacional de Educación comienza con un diagnóstico desalentador: en una población de 60 millones de habitantes había “seis millones de adultos analfabetos, 1.2 millones de indígenas monolingües en su lengua autóctona, 13 millones de adultos sin haber terminado la primaria, y anualmente, de los jóvenes que alcanzaban la edad de 15 años, 200 mil no sabían leer ni escribir” (Baez Pinal, 2009: 141).



⁷ La denominación “Proyecto de Educación Socialista” es retomada por Baez Pinal (2009: 111 y ss.) del texto de Olivera Campirán (2002), “La evolución histórica de la educación básica a través de proyectos nacionales 1921-1999”.

⁸ El título original del que fuera el primer plan nacional de educación fue: “Plan para la expansión y mejoramiento de la Educación Primaria”.

Durante esta etapa se presentan otras modificaciones a los programas de Español de primaria y secundaria. La nueva concepción parte de la premisa de que “toda lengua pertenece a quienes la hablan” y son los hablantes o usuarios quienes logran que la lengua sea un sistema autorregulado (Ávila, 1985, *apud* Baez Pinal, 2009: 144).

A partir de los años ochenta, se utiliza un discurso más amplio sobre la enseñanza de la lectura. La percepción de esta actividad, sólo como alfabetización inicial, es desplazada por “una acepción comunicativa de la lectura” (Reimers y Jacobs, 2009: 67). Nuevamente, los cambios se ven reflejados en la modificación de los planes y programas de estudio.

Años después, la SEP emprende distintas acciones para impulsar el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica. En 1993 inicia una reforma

curricular y pedagógica caracterizada por presentar, entre otras innovaciones, un enfoque distinto en la enseñanza de la lengua materna que repercuta en la manera de abordar la lectura en el ámbito escolar.

El enfoque formalista “centrado en el aprendizaje de nociones de lingüística y principios de gramática estructural” (Baez Pinal y Canizal Arévalo, 2009: 284), es una herencia de las perspectivas anteriores que habían llegado a su etapa final. Con esta reforma se busca dejar atrás la descripción de la estructura de la lengua para retomar sus usos reales bajo el denominado enfoque comunicativo y funcional. La lectura, inmersa en esta concepción, se considera como una herramienta fundamental para la adquisición de conocimientos dentro y fuera de la escuela, sobre todo como un medio para el desarrollo intelectual del estudiante.

Al inicio del siglo XXI surge una nueva concepción de la lectura. Con la Reforma Integral de la Educación Básica —que inicia en 2004 para preescolar, en 2006 para secundaria y en 2009 para primaria—, la enseñanza por competencias busca enfatizar el sentido comunicativo de la lengua en situaciones cotidianas.

Estas últimas modificaciones realizadas en los planes y programas de educación básica conciben las competencias comunicativas como un aspecto central del proceso educativo. Tales cambios estuvieron acompañados por una estrategia institucional de fomento a la lectura denominado Programa Nacional de Lectura (PNL) que conjuntó, en 2001, los esfuerzos de dos programas similares (Rincones de Lectura y Programa Nacional para el Fortalecimiento de la Lectura y la Escritura). Desde entonces el objetivo del PNL ha sido mejorar las competencias comunicativas de los estudiantes, por lo que establece entre sus objetivos:

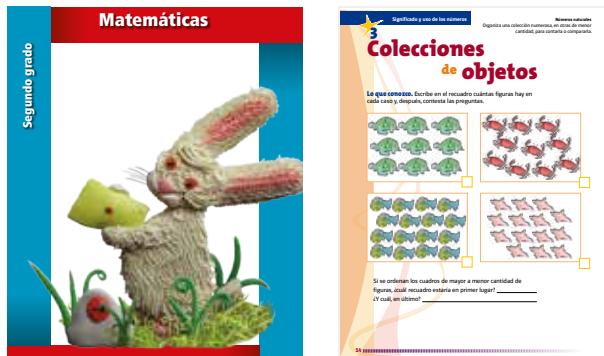
- Garantizar las condiciones de uso y producción cotidiana de materiales escritos en el marco de los proyectos de enseñanza y aprendizaje en la escuela básica; de este modo sería posible que los alumnos “lean y escriban de manera autónoma, crítica y significativa”.



- Consolidar espacios para apoyar la formación y la interacción de los diversos mediadores del libro y la lectura (maestros, padres, bibliotecarios, promotores culturales), tanto a nivel estatal como a nivel nacional e internacional.
- Recuperar, producir, sistematizar y hacer circular información sobre la lectura, las prácticas de enseñanza de la lengua escrita y sobre las acciones para la formación de lectores del país y en otros lugares del mundo. La finalidad es favorecer la toma de decisiones en materia de política educativa (Reimers, 2006: 188-189).

El PNL fue la respuesta de la política educativa frente a los resultados de la primera aplicación de la prueba PISA. Este Programa sigue vigente y es responsabilidad de la Dirección General de Materiales Educativos de la Subsecretaría de Educación Básica de la SEP.

Desde de agosto de 2010 la Secretaría de Educación Pública ha impulsado una campaña de fomento a la lectura que involucra a docentes, alumnos y padres de familia.



Este breve recorrido por los diferentes momentos de la enseñanza de la lectura permite constatar su papel central en las diversas etapas del sistema educativo. Cada día, las personas y las sociedades enfrentan nuevas exigencias puesto que, tanto la cultura como la civilización, avanzan y se complejizan. En ese sentido, la enseñanza de la lectura proporciona una forma privilegiada para tener acceso a la cultura escrita.

Bibliografía

- Baez Pinal, G. E. (2009). "Del catecismo a los libros de texto gratuitos. Un panorama histórico de la enseñanza del español en la escuela primaria", en *Historia y presente de la enseñanza del español en México*. Coord. José G. Moreno de Alba. México: UNAM.
- Baez Pinal, G. E. y A. V. Canizal Arévalo (2009). "El español en la escuela secundaria: un panorama histórico (1926-1993)", en *Historia y presente de la enseñanza del español en México*. Coord. José G. Moreno de Alba. México: UNAM.
- Bazant, M. (2005). "Lecturas del Porfiriato" en *Historia de la lectura en México. Seminario de Historia de la Educación en México*. México: COLMEX.
- Greaves, C. (2005). "La Secretaría de Educación Pública y la lectura, 1960-1985", en *Historia de la lectura en México. Seminario de Historia de la Educación en México*. México: COLMEX.
- INEGI (2010). *Estadísticas históricas de México 2009*. Obtenido el 4 de agosto de 2010 desde: <http://dgcnesyp.inegi.org.mx/cgi-win/ehm.exe/CI030070>
- Loyo, E. (2005). "La lectura en México, 1920-1940", en *Historia de la lectura en México. Seminario de Historia de la Educación en México*. México: COLMEX.
- Olivera Campirán, M. (2002). "Evolución histórica de la educación básica a través de los proyectos nacionales: 1921-1999", en *Diccionario de Historia de la Educación en México. Proyecto CONACYT*. Obtenido el 2 de septiembre de 2010 desde: http://biblioweb.dgsc.unam.mx/diccionario/hm/articulos/sec_6.htm.
- Reimers F. (2006). *Aprender más y mejor. Políticas, programas y oportunidades de aprendizaje en educación básica en México*. México: FCE/SEP/ Universidad de Harvard/ILCE.
- Reimers, F. y J. E. Jacobs (2009). "Leer (comprender y aprender) y escribir para comunicarse. Desafíos y oportunidades para los sistemas educativos. Documento básico", en *La lectura en la sociedad de la información*. Madrid: XXIII Semana Monográfica de la Educación. Fundación Santillana, pp. 11-61. Obtenido el 4 de agosto de 2010 desde: <http://www.oei.es/fomentolectura/DocumentoBasico.pdf>